

Dios

Se está hablando demasiado durante estos días de la asignatura Educación para la Ciudadanía, y no voy a ser yo quien contribuya a echar más leña al fuego del debate, aun reconociéndome plenamente partidario de la misma. Se habla, siempre se ha hablado, de las civilizaciones entroncadas en torno a una u otra religión y de las consecuencias que para la historia y para las historias han tenido todas ellas. Y se habla de la crisis de valores en que vive inmerso el mundo desarrollado, aunque el término “valores” se manosee distintamente según quien sea la boca que lo pronuncia (todas las bocas creen que su patente es la más auténtica) e, incluso, según si esa boca se lo aplica a su conducta personal o a las conductas de los demás.

Detrás de todos estos “hablajes” se esconde con más o menos velos el concepto de Dios. Como cualquier otro ser humano he realizado con frecuencia el ejercicio mental, que a algunos ultraortodoxos les puede sonar sacrílego, de imaginar qué pensará Dios de este espectacular maremágnum, al estilo de algunas viñetas de Máximo en *El País*.

Y creo que haciendo un esfuerzo de interpretación humanizadora de Dios que es, a la postre, la forma en que nos habla el Evangelio, pienso que Dios debe llorar con más frecuencia de lo que imaginamos, si no reírse muchas veces ante tanta estupidez surgida del pensamiento de sus exégetas más cualificados de uno u otro punto del planeta.

En la época en que uno ejercía o intentaba ejercer de maestro, que es una de las profesiones más hermosas con que te puede favorecer la vida, si un inocente niño me sorprendía preguntándome de sopetón cómo es Dios (así, afortunadamente, son de impredecibles las blancas preguntas de los niños) yo solía reaccionar con cierta inquietud porque la respuesta es más complicada que dar una lección de física cuántica, de la que no tengo ni repajolera idea, o por si los padres del niño llegaban a tacharme de manipulador de conciencias infantiles.

Respondía y respondería hoy, entiendo que como lo debe hacer cualquier maestro de bien, desde el sentido común y con las palabras más sencillas y entendibles. A saber:

-Dios es amor por todos y se alegra del amor entre todos. Por eso utiliza más la mano del perdón que el ingrato dedo de la acusación o la reprobación. No creo que fuera Él quien iluminara a los que colocaron la palabra “Santa” al lado de “Inquisición” o “Cruzada”.

-Dios es pacífico y quiere paz en torno a Él. Y le producen dolor los violentos de obra o de palabra, y más aún los que violentan utilizando el estandarte de su nombre.

-Dios es especialmente protector de los pobres y de los sencillos y agradece y se acerca a los protectores de los pobres y de los sencillos.

-Dios no es confuso ni intrincado, le gusta lo de “al pan, pan y al vino, vino”, y tiende sendas que van hacia Él, construidas con los fáciles materiales de la bondad, de la generosidad, de la tolerancia. Los caminos con abrojos intelectualizantes, con espinas interesadamente complejas y abstractas no son sus caminos. Le gusta hacerse ver a primera vista y no a la vista de unos pocos.

-Dios no grita ni le gusta exhibirse sobre refulgentes pedestales. Ni necesita, por pura lógica, que se le vocean agradecimientos. Se encuentra más a gusto y agradecido contemplando ejemplos eficaces y silenciosos de compasión y misericordia.

-Dios es coherente y abrazador de los coherentes. No siendo lo mismo “predicar que dar trigo” lo más normal es que le interesen más los que dan trigo, si lo tienen, que los que predicán guardándose. Y tampoco verá bien eso de “haz lo que yo diga pero no hagas lo que yo haga” que solemos utilizar con demasiada frecuencia.

-Dios es cercano y amigo. El buen amigo siempre respeta al amigo, no le teme. No le debe contentar mucho, por tanto, que hagamos las cosas por “temor de Dios”. Y lo de la “ira de Dios” o “castigo de Dios”, que nos inventamos cuando acontece una desgracia de cierta magnitud, le debe resultar gratuito y desproporcionado.

-Dios es alegre y le gusta ver alegres a los hombres y a las mujeres. Los que dañan su cuerpo para agradar a Dios, desaplicándose en intervenir para evitar el dolor injusto que sufren los demás, deben estar muy lejos de sus anhelos. Estoy seguro de que los avances de la ciencia que han contribuido y contribuirán a hacernos más felices, sin que otros sufran por ello, le debe agradar sumamente.

Ante las preguntas de un niño siempre quiero ser espontáneo y directo, sin tener que recurrir a frases pronunciadas por otros. Pero como nadie es perfecto, y yo menos, acaban apareciendo en mis labios algunas citas con las que pretendo introducir alguna pedagogía que supera con creces la mía. Y concluyo mi perorata con Joseph Joubert, que dijo que “unos sienten a Dios como luz y otros como norma” (en lo tocante al espíritu un maestro encuentra más útil y hermosa la parábola de la luz que la de la norma). E, incluso, con una frase de la primera Carta de Juan que más o menos expresó que “no puedes amar a Dios a quien no ves, si no amas al hermano que sí ves; por ello, el que dice que ama a Dios y desprecia al hermano es un mentiroso” (un maestro siempre debe huir de la mentira).

Al final, he perdido el hilo de lo que quería decir desde este artículo, en relación con la extraña actualidad política, o sociopolítica, o políticomoral en que nos movemos, pero ya está escrito y no me apetece rectificarlo. Y hasta es posible que haya escrito sobre ello sin darme cuenta.

Nemesio de Lara Guerrero

